



<http://www.elmundo.es/elmundo/2006/11/22/cineclu/1164199724.html>

'EL GRAN SILENCIO': TRES HORAS DE TRANCE

22 de noviembre.-

Yo sostengo que se habla demasiado. También sostengo que **se escucha poco**. Además, sostengo que se habla demasiado alto. En los bares, ni te cuento. Me entran ganas asesinas. Puro 'chunchún' donde lo que se dice importa menos que el cómo se dice. Generalizo, claro. Porque yo, por ejemplo, no soy así. La gente con la que estoy a gusto, tampoco. Todavía hay clases.

Así que, visto lo visto y sobre todo oído lo oído, lo importante parece ser:

- a) cómo se habla (si es gritando, mejor)
- b) garantizarse la atención del otro, aunque la réplica que luego nos dé el otro nos la traiga morcillona: somos el país del 'pues yo más'.

Además, yo sostengo que tenemos prisa. Y que la prisa es mala compañía casi siempre. Tengo ejemplos: trabajo, coche, sexo. También sostengo que de cada 10 cosas que hacemos, no más de tres tienen una importancia real.

Sostengo todo eso y sí, ya lo sé: me he quedado encallado en la prehistoria y soy un carca (sí, debo de serlo porque también creo cosas increíbles como que muchísimos adolescentes no tienen respeto por sus mayores, como que hay mucho cerdo suelto ensuciando las calles, como que siento vergüenza y mala hostia cuando el botellón es presentado como forma de protesta social en vez de como juerga pura y dura, o como que se siga vendiendo alcohol impunemente a críos). Perdón por el reflexivo coñazo que acabáis de leer. Pero dicho lo cual, y como todo apunta a que soy un carca redomado, os voy a recomendar hoy y aquí una película sobre curas. Bueno, sobre monjes.

'El gran silencio' dura 164 minutitos de nada y en ella, como su título indica, y si no lo indica os lo confirmo yo, **no se habla**. Porque los cartujos de la Grande Chartreuse, en la soledad de los Alpes franceses, no hablan, o hablan lo imprescindible (tienen voto de silencio, pero alguno se lo salta y charla con sus

gatos). No os descubro nada si os digo que ésta no es una película para todos los públicos. **Se estrena este viernes en España.**

En 1984, el director alemán Philip Gröning pidió permiso al prior de los Cartujos -la orden monástica de obediencia cristiana más estricta, sólo comparable con el Císter o la Trapa, aunque el prior tiene 'e-mail', el tío- para rodar una película dentro de la Grande Chartreuse. "No estamos preparados, quizá más tarde", le contestó. Y 16 años después, le dijo: "Ya puede usted venir". Y Gröning fue. Había condiciones, claro. **Sólo él podía entrar en el monasterio.** Él, su cámara, su micrófono y punto. No podía entrevistar a los monjes. No podía añadir material adicional ni de sonido ni de imagen. No podía usar luz artificial. Y cuando le dijeran "ahí no se rueda", pues ahí no se rodaba. Y los monjes tenían que ver la película antes que nadie.

Convivió con ellos durante seis meses. Trabajó en la huerta, arregló zapatos, cosió botones, cortó troncos, dio de comer a los animales, lavó, fregó, rezó y, como los cartujos, no durmió ni una sola noche más de tres horas seguidas (los cartujos duermen tres horas y rezan dos, duermen tres, rezan dos, etc.). Y, tres horas al día, rodó. "Fue agotador, porque **además de hacer todo lo que hacían los monjes al cabo del día, yo, además, tenía que hacer una película**", me contó el otro día en una entrevista. Uno de los monjes se negó en redondo a que un fulano cámara en ristre se colase en su ascético caminar hacia el Supremo. Dijo que si se hacía la película él se iba del monasterio. El director le dijo que, si no lograba convencerle, renunciaba a hacer la peli. Pero le convenció. Al final se dejaban mensajes de papel el uno al otro (esa es la forma de comunicación entre los monjes cartujos). Y un día, el monje dejó un libro en la celda donde dormía el cineasta. Poemas de Dylan Thomas. Y una nota: "Veo que está usted muy centrado en la parte técnica de la película, y muy poco en la parte poética. Céntrese en la poesía. Esto le ayudará".

El resultado de esta experiencia única -y puede que irrepetible- es fascinante-. 'El gran silencio', cine insólito, de una belleza extrema, **arcaico pero rabiosamente moderno**, reivindica la serenidad, aunque **los monjes tienen su versión propia del estrés.** Es un callado puñetazo contra la palabrería y un alegato de la esencia. Yo no soy creyente y no podría dedicar mi vida a contemplar a Dios, pero ellos sí lo son y sí lo hacen, y todo resulta de una coherencia tal que acojona.

La banda sonora de la película es un prodigio, algo insólito si hablamos de una película sin palabras y sin música, bueno, sin apenas música (el gregoriano es música). Se escucha el sonido sordo de los copos de nieve contra el suelo, de las gotas de

agua contra los tejados, de las pisadas del jardinero sobre las ramas secas, del viento ululando entre las hojas, del carrito de la comida parándose delante de las celdas, de los monjes encendiendo su minúscula y salvadora estufa, **se escucha casi el sonido de la invariable sucesión de las estaciones**, se oye el silencio en todos sus matices, que los tiene.

Esta película ha pasado con éxito por los festivales de Sundance, Venecia y Toronto. Es lo de menos. Tampoco importa que en Alemania rivalizara en la taquilla con Harry Potter. Lo que importa es la experiencia extrema de sentarse en una butaca tres horas para ver y oír el silencio. Yo definiendo esta película de todo corazón (aunque entiendo que a ojos de muchos sea hipotético paradigma de coñazo), y la recomiendo a todo Dios. Nunca mejor dicho.